

Recaudación de fondos para ADRA

1. Escuchar a una historia acerca de cómo ADRA ayuda a las personas necesitadas.
2. Nombrar un personaje de la Biblia que ayudó a alguien necesitado.
3. Nombrar tres maneras en que puede ayudar a las personas necesitadas.
4. Hacer un dibujo que muestre cómo ADRA ayuda a las personas.
5. Participar en un drama acerca de personas necesitadas (ver la sugerencia a continuación).
6. Pedirle a su familia o parientes que donen para ayudar a ADRA usando la tarjeta de monedas.



Instrucciones: *Las tarjetas de monedas no se pueden utilizar para recoger de puerta en puerta. Solo pida a amigos, familiares y parientes que lo ayuden a completar su tarea. Al final del período de Apelación, devuelva la tarjeta de monedas a su agente local de ADRA.*

Ayuda

5. La obra es narrada por un niño o un adulto y cada uno de los personajes puede ser interpretado por un niño.

Buena Samanta

Había una vez un niño llamado Alberto que vivía en Santa Elba (o inserte el nombre de una ciudad cercana). Un día iba a ver a su abuela, que vivía en Watford (o inserte el nombre de la ciudad natal del niño). Alberto pensó que tomaría un atajo por el bosque para poder llegar más rápido a la casa de su abuela. Ella hacía pasteles encantadores y había prometido hornear uno especial para él.

Mientras caminaba disfrutando del sol y contando los segundos de sus pasos entre los árboles con su nuevo reloj, de la nada tres niños se le acercaron. Uno lo empujó, el otro tomó el reloj y los tres se rieron de él mientras huían.

Alberto comenzó a llorar. Le dolía mucho la pierna y estaba seguro de que estaba torcida. Miró a su alrededor, pero no había nadie cerca. Gritó por auxilio, pero su voz solo hizo eco a través de los árboles. Esto lo hizo llorar aún más.

Mientras Alberto lloraba, su amigo Juan pasó caminando. Vio a Alberto llorando y parecía muy avergonzado, así que se alejó. Unos minutos más tarde, su amigo Jacobo pasó y vio a Alberto llorando. Jacobo pensó que la gente podría pensar que él era el responsable de lastimar a Alberto, así que bajó la cabeza y comenzó a jugar su juego favorito en su tableta y se alejó rápidamente.

Para entonces, estaba oscureciendo y Alberto se asustó bastante. No quería estar solo en el bosque. Lamentaba haber tomado el atajo. Tenía hambre, le dolía la pierna y estaba empezando a enfriarse.

A lo lejos oyó sonar una campana y pronto vio una bicicleta que venía por el sendero del bosque. En la bicicleta iba Samanta, una chica nueva en su clase con la que nunca había hablado. Estaba muy decepcionado. Si sus amigos lo hubieran dejado sufrir, ¿qué haría Samanta?

Pero no necesitaba haberse preocupado, Samanta se acercó y le habló.

«Eres Alberto, ¿verdad?», preguntó ella.

«Sí», respondió.

«¿Qué pasa?»

Alberto le contó la historia y ella escuchó y fue muy comprensiva.

«No te preocupes, Alberto. Te voy a ayudar. Si puedes subirme a mi bicicleta, entonces puedo empujarte hasta que llegemos a la casa de tu abuela.»

Después de un rato, los dos se movían lentamente a lo largo del camino fuera del bosque.

La abuela estaba preocupada por Alberto y estaba tan aliviada de verlo a salvo. Le pidió a Samanta que la ayudara a vendar el tobillo magullado y luego los sentó a ambos en su cómodo sofá con una bebida caliente y un delicioso pastel casero.